

- 1.º Del orador y del auditorio.
- 2.º Del discurso oratorio.
- 3.º De los distintos géneros de composiciones oratorias.

## CAPITULO PRIMERO.

### DEL ORADOR Y DEL AUDITORIO.

#### I. — CUALIDADES DEL PERFECTO ORADOR.

510. El orador perfecto debe, en concepto de Ciceron, reunir á las cualidades del filósofo las del poeta y las de los grandes actores.

Además de una *razon* sólida, de un espíritu generalizador, analítico y metódico, de un juicio rápido y seguro; además del *ingenio* y *cautela* del dialéctico, debe estar dotado de una *imaginacion* rica y viva, y de un *corazon* tan lleno de los mas suaves y penetrantes afectos, como de las pasiones mas fogosas y arrebatadoras, y por último, de un *natural comunicativo* y simpático (*facilitas*), con que atraiga y cautive los ánimos.

Por medio del estudio de la filosofía y de las ciencias en general deberá cultivar el orador su inteligencia: la dialéctica aguzará su ingenio, la psicología y la filosofía moral le enseñarán á conocer al hombre, y segun el género de elocuencia á que se dedique, las ciencias políticas, la legislacion, la jurisprudencia, la teología serán como el punto céntrico de sus meditaciones. La contemplacion de la naturaleza y de la vida humana, la historia, las artes, la noble ambicion de la virtud y de la gloria, encenderán su fantasia y su corazon.

Ciceron repite mil veces que en la escuela de los filósofos, y no en la de los retóricos, es donde debe aprenderse la verdadera elocuencia. Pericles oyó á Anaxágoras, y Demóstenes á Platon. El mismo orador romano fué á Grecia á buscar los tesoros de la filosofía. *Positum sit igitur in primis sine philosophia non posse effci, quem quærimus, eloquentem: non ut in ea tamen omnia sint, sed ut sic adjuvet, ut palestra histrionem....* (ORATOR., 4.)

Completarán esta educacion intelectual el estudio de la retórica, y sobre todo, de la parte mecánica de la elocucion, la atenta análisis de las oraciones mas notables, entre las cuales debe elegirse una que sirva de término general de comparacion, y luego un ejercicio bien dirigido, que en ningun género literario es tan indispensable como en el oratorio; porque la improvisacion, además de un largo y penoso

trabajo anterior, tanto en el juego de nuestras facultades intelectuales como en el uso expedito del lenguaje, requiere una facilidad, que solamente se consigue á fuerza de hábito.

En la obra titulada *Elocuencia é improvisacion*, publicada por Paignon bajo el pseudónimo de Gorgias, se encontrarán brillantemente explanadas todas estas ideas relativas á la educacion oratoria.

511. Una *memoria firme y pronta* es otra de sus cualidades indispensables. La memoria lenta y perezosa, que exige grandes esfuerzos de concentracion; que solo vive y fructifica en medio de la soledad y del silencio; que busca con frecuencia el auxilio de las apuntaciones y medios artificiales, puede bastar al escritor; mas no al orador, puesto que la oracion pública no permite repasar el camino andado, ni comunicado el primer impulso, consiente la menor detencion. Y no solo debe el orador recordar prontamente las cosas mismas, sino tambien el orden con que las dispuso en el momento de la premeditacion, así como las transiciones y los diversos matices que conviene dar al estilo.

La memoria es un auxiliar necesario y poderosísimo de todas las demás facultades. ¿De qué nos serviría poder observar los objetos externos y los fenómenos interiores del alma, si careciésemos de la facultad de recordar nuestras impresiones y nuestros juicios? Considerada en general la memoria, es absolutamente indispensable á todo escritor, y bien merece llamarse el tesoro de la elocucion; pero tiene que cultivarla mas especialmente quien aspire á orar en público, para que con la fuerza del hábito llegue á convertirse en obediente y activa sierva de la voluntad.

La memoria del plan del discurso y de las transiciones es la que mas debe cultivarse en la oratoria, y la que revela en el orador un completo dominio de sí mismo y del asunto. En cuanto á la memoria literal, que recomienda Quintiliano mas de lo justo, y á la memoria de frases, figuras y lugares ó periodos redactados de antemano, mas perjudica que favorece. En la oratoria siempre producirá mejor efecto la expresion improvisada.

Las formas del raciocinio, del estilo y del lenguaje, atesoradas durante un estudio de largos años, ocurren fácilmente en el calor de la improvisacion, cuando la timidez, la falta de práctica, la escasez de conocimientos ó la poca inteligencia del asunto no les atajan el paso. Ciceron aconseja escribir y aprender literalmente las introducciones; porque una vez dado el impulso, la palabra corre fácilmente, «como la nave, que sigue su camino aun mucho tiempo despues de quitados los remos.»

De todas las facultades del alma esta es la que mas apoyo puede encontrar en los medios artificiales: de aquí ha tenido origen la ciencia llamada *Memoria thénica* ó *memotécnica*. Todo este arte estriba en asociar las ideas de las cosas que recordamos con dificultad, con las ideas de cosas sensibles y muy familiares para nuestro espíritu; en unir mentalmente el orden ideal con el orden material ó local; el plan de un discurso, por ejemplo, con la planta de un edificio. Pero, mas que á estas asociaciones accidentales, debidas al artificio, debe acostumbrarse el entendimiento á asociaciones fundadas en el íntimo encadenamiento de las ideas. De otro modo, se adquiere una memoria pueril y frivola, á costa de otras cosas mas útiles y positivas.

Ya se dijo (§ 507) que Ciceron y Quintiliano, desviándose del ejemplo de Aristóteles, consideraban el arte de la memoria como una de las partes de la retórica.

512. Pero de poco le servirían al orador todas estas facultades, si careciese de aquel talento práctico, de aquel discernimiento y *prudencia* que no se adquiere en los libros ni con la meditacion solitaria, sino en el trato civil, en medio del bullicio de los negocios, de los contratiempos y luchas del mundo, que es en donde estudiamos directamente al hombre, y donde mejor podemos completar el conocimiento de nuestro propio corazon. *Prudentiam quodammodo esse divinationem.* (COR. NEP., *in vita Attici.*)

El trato y conocimiento directo del mundo aumentan la viveza del ingenio, la prontitud del raciocinio, la facilidad de la palabra, la elegancia y soltura de la accion, y templan la aspereza que la meditacion solitaria imprime en el carácter, y contribuyen por lo tanto á perfeccionar el don de atraer los ánimos.

Los poetas mas sublimes, los mas eminentes filósofos, los escritores de mas nombradía, son con frecuencia malisimos oradores; sus profundas especulaciones son á veces su mayor enemigo. Al contrario, sin necesidad de grandes estudios, llegan á conquistar en la oratoria merecido renombre muchas personas que, lanzadas á la vida activa, adquieren un conocimiento práctico de los negocios. Demóstenes y Ciceron estudiaron y meditaron muchísimo, pero tomaron tambien una parte muy activa en los acontecimientos de su época. *Atqui ego illum quem instituo, romanum quemdam velim esse sapientem, qui non secretis disputationibus, sed rerum experientis atque operibus, vere civilem virum exhibeat.* (QUINT., XII, 2.) El aislamiento completo perjudica á todos los que dedican su vida al estudio; pero á nadie perjudica tanto como al orador. A los que pensaban que el sábio debía huir del trato de los hombres y de los negocios, contestaba Ciceron: « Si todos pensásemos y obrásemos como ellos, no disfrutarían del ocio de que tanto se vanaglorian.»

515. Además de la prudencia necesita el orador una completa *serenidad de espíritu*, un *valor* contenido y juicioso, y sobre todo, el *imperio de sí mismo*, que es una de las cualidades que mas deben adornarle.

El orador no se abandona como el poeta á la corriente de la inspiracion; en los momentos de mas entusiasmo no pierde de vista el fin, y conserva el pleno dominio de su voluntad.

El orador no recibe las inspiraciones de Apolo ni de las musas, no sufre los tormentos de la Pitonisa; es el dios que con su mirada apaga los incendios y calma las tempestades. En medio del tumulto y del peligro sabe conservar la entereza de su pecho; nunca las asechanzas del enemigo le encuentran desprevenido; su entendimiento brilla como un rayo de luz en medio de las continuas distracciones que le asaltan, y de las pasiones que intentan ofuscarle. Sin perder de vista un instante al auditorio, debe oírse continuamente, no para aplaudir el retintín de sus palabras, sino para graduar el efecto que producen, y moderar la expresion ó aumentar su vehemencia, segun lo requieran las circunstancias del momento.

514. Además de estas dotes inestimables, debe el orador estar adornado de todas las buenas prendas morales, que tanto aumentan la autoridad de la palabra, esparciendo tambien en el discurso un encanto irresistible. La *honradex* es la primera virtud del buen orador.

Si careciese de ella, se veria obligado á fingirla. Y no basta que sea honrado, sino que debe parecerlo; porque cuando el auditorio tiene un mal concepto de la moralidad del orador, cierra el oído á las mejores razones.

Quintiliano sostiene con empeño la definicion que dió Caton del orador (§ 155), y niega los cargos que por algunos se dirigian contra Demóstenes y Ciceron. Desgraciadamente la historia nos presenta mil ejemplos de oradores notables, que están léjos de poder presentarse como modelos de buenas costumbres; pero es indudable que, dadas iguales circunstancias, el orador virtuoso aventajará siempre al que tiene que simular la virtud, porque nunca la ficcion es tan poderosa como la realidad. Además de que, en los momentos en que el orador habla con pasion y elocuencia de lo bueno y de lo justo, no puede menos de sentir lo que dice; si sus costumbres se hallan en discordancia con sus palabras, debe esto considerarse como una de las infinitas contradicciones del espíritu humano.

*Longius tendit hoc iudicium meum: neque enim tantum dico, cum qui mihi sit orator virum bonum esse oportere, sed ne futurum quidem oratorem nisi virum bonum.* (QUINT., XII, 2. Véase todo el capítulo.)

515. El hombre verdaderamente virtuoso ama con entrañable amor á sus semejantes; porque la caridad es la raíz de todas las demás virtudes. La *benevolencia* es, por lo tanto, otra de las cualidades que en opinion de los retóricos debe poseer el perfecto orador; y ninguna es en efecto mas propia para conciliarse las simpatías del auditorio.

Amamos á los que nos aman, nos hallamos inclinados á creerles, y les obedecemos sin repugnancia cuando, inspirados por una caridad verdadera, nos amonestan con palabras llenas de suavidad y dulzura. La virtud no es de condicion hurafía é intratable, ni es enemiga del hombre; antes bien le aconseja y le protege con el dulce amor de una madre. Nada mas santo que la justicia; nada mas innoble que la venganza.

516. A la bondad y benevolencia deben añadirse la *modestia* y la *dignidad*. La vanidad y el orgullo enajenan las voluntades: el amor propio de los demás excita y exacerba nuestro amor propio y nos rebaja. Pero no debe confundirse la modestia con la timidez ni con la humillacion excesiva ó falta de dignidad.

« El yo es odioso, decia Pascal; le aborreceré siempre: es el enemigo, y quisiera ser el tirano de todos los demás. » *Habet enim mens nostra natura sublime quiddam et impatiens superioris, et erectum..... Ab aliis ergo laudemur: nam ipsos, ut Demosthenes ait, erubescere, etiam quum ab aliis laudabimur decet.* (QUINT., XII, 1.) Plutarco, al comparar á Ciceron con Demóstenes, acusa al primero de inmodestia. Quintiliano se esfuerza en defender al orador de Roma. El orador podrá manifestar

desconfianza de sus fuerzas, pero no de la causa; antes bien debe manifestar siempre la seguridad que nace del íntimo convencimiento y del verdadero celo. *Verum eloquentiæ ut indecora jactatio, illa nonnunquam concedenda fiducia est..... Sed istud magis minusve est vitiosum et pro personis dicentium: defenditur etenim aliquatenus ætate, dignitate, auctoritate.* (QUINT., XI, 1.) Una timidez excesiva puede eclipsar ó anular completamente las mejores disposiciones. No es la primera cualidad del orador el ser audaz y desvergonzado, como, hablando en chanza, suele decirse; mas ¿podría inspirar confianza á los otros quien de sí mismo desconfiase? La timidez proviene muchas veces de la verdadera modestia, pero con mucha frecuencia es hija de un solapado amor propio. Nada es tan repugnante como la timidez y la modestia fingidas.

No es incompatible la modestia con la elevacion de carácter, con la dignidad, con la confianza y firmeza, que son indispensables al que levanta su voz ante un público mas ó menos ilustrado. La adulacion servil no es benevolencia ni modestia, sino baja indigna y repugnante.

517. Por último, la gallardía del *cuerpo*, la nobleza y animacion del *semblante*, la gracia y dignidad de la *accion*, y sobre todo, una *voz* robusta, clara, sonora, expresiva y simpática, dan brillo y realce á las preciosas dotes del ánimo.

En el trato civil podemos observar todos los dias lo mucho que estas prendas exteriores contribuyen á predisponer en favor ó en contra de las personas. El traje mismo influye notablemente en el concepto que formamos de los demás. Y es que la forma y apostura del cuerpo, la expresion del semblante, la voz, el ademan, y hasta el traje, retratan con mas ó menos fidelidad las cualidades del alma.

La deformidad del cuerpo, la grosería de los modales, una voz gangosa, chillona, débil, oscura, etc., un traje ridículo ó impropio, bastan para inutilizar del todo los mejores discursos. Sin embargo, mucho puede el talento. «Si Hortensio se presenta á los rostros con una barba asquerosa y descuidada, y una verruga debajo del ojo, se desternillarán de risa los romanos. Pero ¿qué importa que Ciceron, cuando escribe, lleve desceñida la cintura y tenga un garbanzo en la nariz.» (CORMENIN.)

## II. — DEL AUDITORIO.

518. Dirigiéndose la oracion pública á un auditorio determinado, el orador deberá estudiar muy profundamente el carácter de este auditorio, su grado de inteligencia, sus preocupaciones, sus principios, sus creencias, sus gustos, etc. A veces las mejores razones no serian las mas convenientes. Y los grandes oradores, no solamente estudian al auditorio, sino que al tiempo mismo de la improvisacion saben espiar los mas ligeros movimientos y penetrar en lo mas recóndito de los ánimos, recibiendo quizás sus mas eficaces inspiraciones de las circunstancias del momento (§ 507).

A veces puede sacarse muy buen partido de los mismos extravíos y preocupaciones del auditorio. No se crea por esto que la bondad del fin justifique la inmoralidad de

los medios: en la oratoria, como en la guerra, es lícito armar lazos y emboscadas al enemigo; pero la guerra misma tiene sus límites, que no es permitido romper sin atraerse la abominacion de todos los pechos honrados. En las composiciones dirigidas al público en general no debe consultarse el parecer y gusto de los demás; en la oratoria todo depende de las circunstancias, todo es relativo. La ciencia y la poesía pueden desdeñar el aplauso, dado que las generaciones futuras han de vengar al autor de las injusticias de los contemporáneos; pero la oratoria vive de lo presente.

La obra dramática que aspira á la representacion, participa algun tanto de este carácter de la oratoria (§ 418); bien que, por otra parte, debe tenerse en cuenta que el poeta dramático elige libremente el argumento, y el orador trabaja sobre un pié forzado.

*Semper oratorum eloquentiæ moderatrix fuit auditorum prudentia. Omnes enim, qui probari volunt, voluntatem eorum, qui audiunt, intuentur, ad eamque, et ad eorum arbitrium et nutum totos se fingunt et accommodant.* (CIC., *De orat.*, 9.)

519. En el carácter y gustos del auditorio influyen la edad, el sexo, el estado ó dignidad, la educacion, el clima, las circunstancias de lugar y tiempo, etc.

No se hablará lo mismo ante el Soberano, que ante un magistrado ó una academia; ni ante un senado compuesto de personas ancianas y de elevada categoría, que ante una cámara popular ó ante la turbulenta muchedumbre de la plaza pública. Un auditorio español no tiene la calma de un auditorio inglés; las ideas políticas que en ciertas ocasiones entusiasman, caen al poco tiempo en ridiculo descrédito; pasan épocas de felicidad y calma, y épocas tormentosas y llenas de aflicciones, épocas de infantil credulidad y épocas de repugnante escepticismo. Todo debe tenerlo en cuenta el orador que ambicione los honores del triunfo.

«Cuatro cosas deben ser consideradas en la elocuencia parlamentaria: el carácter de la nacion, el genio de la lengua, las necesidades políticas y sociales de la época, y la fisonomía del auditorio»..... «Si la lengua es pomposa y dulce, como la española ó la italiana, se tendrá en mucho la armonía de la expresion y la sonoridad de las desinencias. En los pueblos de organizacion musical, tanto debe cuidarse de lisonjear el oido como de llenar el alma.» (CORMENIN.)

*Quis vero nesciat, quin aliud dicendi genus poscat gravitas senatoria, aliud aura popularis? cum etiam singulis judicantibus, non idem apud graves viros, quod leviores: non idem apud eruditum, quod militarem, ac rusticum deceat.... Tempus quoque ac locus egent observatione propria. Nam et tempus tum lætum, tum triste, tum liberum, tum augustum est..... Et loco publico privatione: celebri an secreto, aliena civitate an tua, in castris denique, an foro dicas, interest plurimum.....* (QUINTILIANO, XI, 1.)

Pueden completarse estas observaciones con la lectura de los capítulos del XII al XVII, libro segundo de la *Retórica* de Aristóteles.

520. Con graves dificultades tiene que luchar el orador para acomodarse á las circunstancias especiales de un auditorio prevenido ó extraviado, sin faltar por esto á lo que exigen las leyes de la moral y del buen gusto; antes procurando merecer el aplauso, no solo de los

oyentes á quienes trata de persuadir, si que tambien el de todas las personas desapasionadas y sensatas. Pero las dificultades crecen mas y mas cuando, léjos de presentar una fisonomía marcada, está compuesto el auditorio de elementos heterogéneos y divergentes. Conquistar en estos casos la aceptación universal, es alcanzar, en cuanto cabe, el bello ideal de la oratoria.

Los miembros de un tribunal letrado, ligados por los vínculos de una misma obligación, obedecen á unos mismos principios: en el templo la unidad de creencia borra las diferencias de edad, sexo, dignidad, etc.; pero en las asambleas políticas y en las juntas populares, la diversidad de miras, intereses, gustos y doctrinas, comunica al auditorio una fisonomía multiforme. Lo que á una parte de la cámara parece elocuente y sublime, excita en la otra una irónica sonrisa; y al día siguiente la prensa periódica hace resaltar mas la animación del cuadro, recargando los colores. Cormenin sacó una copia de mano maestra.

## CAPITULO II.

### DE LA COMPOSICION ORATORIA.

#### I.— DEL FONDO DEL DISCURSO ORATORIO.

521. La *oratoria*, lo mismo que la *poesía* (§ 247), extiende sus límites á todos los objetos del pensamiento, bien que circunscribiéndose á intentar un resultado de utilidad práctica. Mas su principal cargo es la defensa de los grandes intereses (religiosos ó civiles) de la sociedad. El discurso oratorio, llamado tambien *oracion*, dirige particularmente sus esfuerzos á la demostración de una verdad ó á la resolución de una cuestion importante.

*Ego, neque id sine auctoribus, materiam esse rhetorices judico, omnes res quæcumque ei ad dicendum subjectæ erunt.* (QUINT., II, 21.) Es indudable que existe el germen de la oratoria siempre que se emplea la palabra para conseguir un fin determinado, ya en la conversacion mas familiar, ya en cualquiera especie de negociaciones y discusiones; pero la oratoria propiamente dicha supone un fin importante. Por esto no se concede el dictado de oradores á los que simplemente se distinguen en el arte de la conversacion.

Los antiguos, atendiendo al mayor ó menor grado de generalidad de las cuestio-

nes, las dividieron en dos géneros: *indefinido* y *finito*. Pertenecian al primero las cuestiones generales, llamadas en griego *tésis* y en latin *propositum, consultatio*, etc. Pertenecian al género finito las cuestiones particulares y limitadas por razon de las personas, circunstancias de lugar, tiempo, etc.: cuestiones llamadas *hipótesis* en griego, y en latin *causæ, controversiæ*. Las cuestiones indefinidas, puramente especulativas, estaban abandonadas á los sofistas; las finitas, esencialmente prácticas, eran las que propiamente constituian el objeto de la retórica. Otros dividen tambien las cuestiones en *simples*, que tienen por objeto la explanation de un tema; v. g.: de Dios, — del alma, — de la virtud; y en *conjuntas*, que son las que versan sobre un punto controvertible; v. g.: ¿Es justa la pena de muerte?

Conviene, finalmente, distinguir bien la cuestion *principal* de las cuestiones *incidentes* ó *accesorias*.

522. Ni las cuestiones muy abstractas, ni las demasiado concretas y erizadas de minuciosos y complicados pormenores, pueden prestarse á las galas de la elocuencia. La elocuencia, como la *poesía*, ocupa un lugar intermedio entre lo abstracto y lo vulgar (§ 250).

Cuanto mas general y abstracta es una cuestion, mas gana en importancia y trascendencia; pero mas se aleja del alcance de los entendimientos vulgares, y mas se eleva tambien sobre la esfera de los hechos, de los egoistas intereses del momento y de las pasiones. Estas cuestiones caen bajo el imperio de la ciencia pura y de la descarnada dialéctica. Por el contrario, cuando una cuestion es demasiado concreta y erizada de minuciosos y complicados pormenores, sale tambien del campo de la elocuencia para entrar en el dominio de un empirismo vulgar y esencialmente prosaico.

Las asambleas parlamentarias nos están dando continuos ejemplos de lo que acabamos de exponer. Las cuestiones que excitan el interés general son las cuestiones políticas, las de partido. Las muy abstrusas y metafísicas no encuentran admiradores, ni tampoco pueden granjear grandes triunfos oratorios las simplemente administrativas. En el foro las causas criminales interesan mas que las civiles.

525. Para influir en las decisiones y actos del hombre, no basta convencerle, sino que muchas veces es indispensable desviar ó contrarrestar las tendencias é impulsos de su corazón. La oratoria, dominando los ánimos y las voluntades, se vale de la ciencia, de la dialéctica, de la *poesía* y de la elocuencia como de simples instrumentos ó medios para conseguir un objeto dado. Por esto se dice en las retóricas que el orador debe *instruir, agradar y commover*.

La imaginación y la sensibilidad ejercen grande imperio en nuestros juicios, y mas todavía en las determinaciones de la voluntad. Nuestros apetitos, nuestros deseos, nuestros afectos, nuestras pasiones; en una palabra, tanto los placeres y dolores físicos, como los placeres y dolores morales, son poderosos estímulos de nuestras acciones; de tal suerte, que muchas veces se sobreponen á la razon misma. *Video meliora proboque, deteriora sequor.*

*Erit igitur eloquens is, qui in foro, causisque civilibus ita dicet, ut probet, ut delectet, ut flectat. Probare, necessitatis est; delectare, suavitatis; flectere, victoriæ;*